

# L A S H E R M A N A S B R O N T Ë

Con ocasión del centenario  
de la muerte de Ana Brontë

P O R W A L T E R S T A R K I E

**E**STE año se conmemora en Europa el centenario de la muerte de Ana Brontë y de la publicación de la famosa novela *Shirley* de su hermana Charlotte. Y puede decirse que este año de 1949 es el centenario de las tres geniales hermanas Charlotte, Emily y Anne, que fueron novelistas y poetisas y que no sólo dieron un marco definitivo a la novela inglesa, sino que fueron también inspiradoras de innumerables novelistas femeninas, hasta el punto que podríamos decir que hoy día existen más escritoras que escritores de este género.

Por esto tenía un interés especial la pequeña exposición de reliquias brontëanas que tuvo lugar en el Instituto Británico, muy particularmente porque se pudieron contemplar aquellos preciosos objetos, propiedad de la Sociedad Brontë,

que únicamente pueden verse en la Rectoría de Haworth, donde vivieron su trágica existencia estas tres ilustres hermanas. Gracias a esta exposición se ha podido comprender las muchas controversias que siempre ha habido sobre esta familia y sus escritos. Muchos escritores han basado sus críticas sobre el hecho de que las Brontë recibieron todas sus influencias del ambiente triste de los páramos lúgubres del Yorkshire. Por mi parte, no olvidaré nunca la primera peregrinación que hice hace muchos años a la Rectoría de Haworth en un día de lluvia y tormenta y la sensación que experimenté de tristeza y lóbreguez en esta casa de duendes rodeada de tumbas. Fué casi una sensación de terror al traer a la mente las escenas de la vida de estas tres hermanas. La sala donde se reunían y donde tenían la rara costumbre de dar vueltas alrededor de la habitación y que más tarde se hizo terrible para Charlotte cuando a la muerte de sus hermanas seguía ella sola dando vueltas en este cuarto tan lleno de recuerdos. Y pensar en el último día de la vida de Emily, cuando subía muriéndose las escaleras de su casa, porque quería morir de pie. Y recordarla también esperando, cerca de las tumbas, como un fantasma, la vuelta del hermano borracho perdido. Fué, en verdad, una sensación aterradora la que sentí, porque la influencia de las almas todavía estaba allí presente y uno tenía la sensación de que los ojos de los muertos nos miraban desde todos los rincones de la casa. ¿Y cómo olvidar la personalidad escalofriante del padre, que parecía ensimismado y encerrado en su tragedia como en una coraza de hierro? Esta personalidad del padre nos enseña mucho sobre las hijas geniales. Los críticos modernos han dedicado mucha atención a los orígenes raciales y religiosos de la familia, pues no cabe duda que este padre, cuya perso-

nalidad ha sido maltratada por los primeros biógrafos, tenía arraigada la ascendencia irlandesa. Nació en el Norte de Irlanda, hijo de campesinos que cayeron bajo la profunda influencia de los predicadores metodistas ambulantes. Desde joven estuvo inspirado por la personalidad apasionada de John Wesley y este espíritu lo transmitió a sus hijas con sus cuentos espeluznantes. En cada libro de las Brontë encontramos aquí y allá rasgos de estos cuentos que el padre contaba a sus niños en las noches de frío y tormenta. De ascendencia celta, tenía la tendencia de crearse un país de ensueño, y todos estos países e islas de ensueño fueron los que más tarde describieron sus hijas en sus cuentos. Toda esta vida la pasaban las hijas al lado del padre, que se encerraba solo en su habitación. Hay otra fuerte personalidad en la familia que no debemos olvidar: la de la hermana mayor, María, que murió muy joven, y que fué una santa y sirvió de madre a sus hermanos menores. Estos nunca la olvidaron, hasta tal punto que siempre se encuentra presente en sus narraciones, así aparece como un fantasma que se asoma desde fuera en las ventanas en *Cumbres Borrascosas*, encarnada en el espectro de Catalina Linton.

La más enigmática de todas las hermanas fué Emily, que en sus poesías como en su novela extraordinaria *Cumbres Borrascosas* nos pinta la inmensidad trágica de su alma. El paisaje triste y lúgubre de los páramos de Yorkshire fué el símbolo perenne de su personalidad. Como dice muchas veces Charlotte, había en ella una feroz independencia y una voluntad férrea, que demostró en su misma muerte, por lo que existía una especie de simpatía tácita entre el hermano desgraciado y ella. Además de este amor a la independencia, había en ella un deseo de esconder sus sentimientos al mun-

do y de retraerse, y esto es lo que nos conmueve tanto al leer las páginas de *Cumbres Borrascosas* en la pasión de Heathcliff y en sus versos tan ardientes que parecen escritos con la sangre de su corazón. Ha sido un verdadero acierto de la Editorial Plenitud la publicación de la hermosa edición de las obras de esta familia, en la que el Sr. Mendizábal ha traducido una selección de las poesías de Emily, a las cuales hizo mención la ilustre poetisa Carmen Conde en su conferencia en el Instituto Británico. Hay entre estos versos, por ejemplo, uno que recuerda al hermano querido:

*... que sobre tu memoria  
extienda la piedad su corazón tierno!  
Que la tierra sea ligera sobre tu pecho,  
y, ¡oh cielo de misericordia!,  
que tu espíritu encuentre el reposo.*

y otro a A. G. A.:

*El sueño no me trae amigo alguno  
para ayudarme a soportar mi suerte;  
todos me miran, ¡ay, con qué recelo,  
cuán desdeñosamente!*

*El sueño no me trae deseo alguno  
de reavivar mi corazón inerte;  
tan sólo quiero que lo cubra todo  
el sueño de la muerte.*

Es interesante notar, como lo hace la Sra. Conde en su introducción a este volumen de obras de las Brontë, que el Sr. Heger, en Bruselas, inmortalizado por Charlotte en su



Ana, Carlota y Emili Brontë, según un dibujo de José Caballero.





novela *Villette*, decía de su otra alumna Emily, cuando aún no había escrito *Cumbres Borrascosas*, que su imaginación era tal que si escribiera una novela su descripción de escenas y caracteres habría sido tan vivida, tan magistralmente expresada y con tales argumentos, que habría conquistado al lector fuese cual fuese su opinión anterior o su frialdad. Fué en 1845 cuando Charlotte, la hermana mayor, se dió cuenta del genio poético de Emily y describió esta revelación en las palabras del prólogo de la edición de *Cumbres Borrascosas* y *Agnes Grey*, publicada en 1850. Después las tres hermanas determinaron publicar reunidas los poemas en un solo volumen y escogieron tres nombres de pluma: «Currer, Ellis y Acton Bell», con las iniciales de sus propios nombres para ocultar los suyos verdaderos. En 1847 apareció una crítica en el *Athenæum* de los poemas de las tres hermanas y en ella se declaraba a «Ellis Bell» como el mejor de los tres hermanos poetas, pues creían que fué escrito por hombres. Poco tiempo después de esto es cuando ocurrió la tragedia del hermano Patricio Branwell, después de ataques de delirium tremens, de borracheras sin fin de vino y de opio. Fué un domingo, 24 de septiembre de 1848, cuando se acabó Branwell, también de pie, como si estuviese delante de sus enemigos y no quisiese claudicar. Y después de la muerte de estas dos almas torturadas, Branwell y Emily, se quedan solas Charlotte y Ana, la que merece más atención de la que se le ha dado por el público, por el contraste que ofrece con sus dos hermanas. Era la más frágil, porque a la edad de diecisiete años mostró los primeros síntomas de tuberculosis, y fué también la más agraciada; tenía espesa cabellera rizada, cejas oscuras y ojos azul violeta. Fué la más silenciosa y abnegada. Tuvo que trabajar como señorita de compañía con los señores de Robinson

y fué en aquella casa donde su hermano Patricio tenía un puesto de profesor, y ambos perdieron su empleo porque al hermano se le acusó de cortejar a la señora de Robinson. Ana, la abnegada, no tenía la pasión de Emily ni Charlotte, pero poseía una especie de dulce emoción, y una de sus más bellas poesías fué dirigida al joven pastor protestante, coadjutor de su padre en Haworth, Weightman, pobre víctima, que murió también tuberculoso poco tiempo después.

En el volumen de versos que publicaron las tres hermanas en 1846, los poemas de Anne forman contraste con los de Charlotte y Emily: son poesías casi místicas y religiosas. Un año más tarde apareció su novela *Agnes Grey* con *Cumbres Borrascosas*, y, aunque parezca increíble, despertó más interés *Agnes Grey* que la novela de Emily. El gran público no ha seguido esta idea y son relativamente pocos los que han leído esta dulce novela describiendo la vida de una señorita de compañía, y no olvidemos que el célebre novelista irlandés Georges Moore extrema los elogios, hasta el punto de decir que es única en la literatura inglesa. Seguramente nunca en toda la historia de la literatura hubo un conjunto más incongruente que la de poner juntas estas dos novelas, *Agnes Grey* y *Cumbres Borrascosas*; era como una especie de abrazo de muerte.

1848 fué un año de terribles tragedias. Patricio Branwell murió en septiembre y dos meses más tarde moría Emily y Anne se debilitaba cada día. La única a cuidarla era Charlotte. Ana pasaba el día sentada en el sillón de Emily, pero no había salvación para ella; el médico no quería que dejase la casa, aunque ella anhelaba febrilmente cambiar de ambiente y su hermana deseaba también llevarla fuera de este lóbrego ambiente a un clima más cálido. Quería ver el mar,

y, finalmente, atendiendo a sus ruegos, el 24 de mayo de 1849 dejaron Howart para ir a Scarborough. Apenas llegadas, cayó posternada y murió.

En la última poesía de Anne hay todavía este deseo de vida, cuando dice: «Esperaba que mi tarea en este mundo sería entre los fuertes y los valientes, luchando con alta y pura voluntad, pero Dios ha decidido otra cosa y El tiene razón.» No sintió el terrible horror de la muerte, había en ella una dulce resignación; quería, sin embargo, vivir, no sólo por su hermana, sino porque quería hacer bien en el mundo antes de dejarlo, y la muerte vino para ella dulcemente. Esta fué la más suave y la más tierna de las tres hermanas Brontë. Según Georges Moore, la más grande de todas; para él tenía un encanto evocador y una austera sencillez de estilo que no poseían sus hermanas. Pocos son los que estarían de acuerdo con esta opinión de Moore; el mundo ha dado la palma a Charlotte. Sin embargo, debo mencionar otro libro de Anne que para mí tiene mucho más encanto que *Agnes Grey*, que es su obra más ambiciosa: *El inquilino de Wildfell Hall*. En este libro sale a la superficie un espíritu mucho más intrépido y que se asemeja más al de sus hermanas. En toda la literatura de esta época hay pocos libros más francos. Es una verdadera crítica de las relaciones matrimoniales de la época victoriana y una descripción desoladora del marido borracho y lascivo y la mujer desilusionada. Este libro, de una potencia que nos arrebata, según Charlotte, fué basado en la triste experiencia de Anne, que vió diariamente los estragos del alcohol y el vicio en su hermano. La dulce y resignada Anne meditaba en su obra y se creía en el deber de reproducir fielmente lo que sentía su alma.

En Charlotte, cada libro está iluminado por un fuego in-

terior, y lo extraordinario en ella es ver cómo puede dominar e imponer su voluntad a este anhelo romántico interior. Cuando fué a Bruselas encontró en el Sr. Heger un hombre al cual hubiera podido amar; pero, no obstante este amor incipiente, volvió a Howarth, a todo este ambiente cerrado y triste y a los deberes de hija de pastor protestante. Era tímida, recatada, reservada, cumplida con sus vecinos, y sólo cuando tomaba la pluma en la mano se abría a un mundo de ensueños. Todas sus heroínas son, para emplear la frase de Rousseau, hijas de Melquesedec, huérfanas de la tormenta, con entera libertad e independencia, y cuando se enamoran no hay padres ni poder humano que las domine. Para Charlotte, la vida ideal la constituyen un hombre y una mujer que se escogen el uno al otro y se bastan a sí mismos, sin temer ni necesitar nada. Esta es la personalidad de *Jane Eyre*, la primera novela feminista europea, como decía muy bien la señora Conde.

En *Villette* se encuentra toda la historia de sus relaciones con el Sr. Heger. Hasta que le encontró no había conocido un caballero; su padre tenía buenas cualidades, pero era un salvaje. Su hermano se convirtió casi en un monstruo, y sus amigos no eran mejores que él. El Sr. Heger representa para ella el mundo de la inteligencia, la cultura y la simpatía. Ella vió en él algo noble y elevado, y tanto más potente cuanto que no había tenido ilusiones juveniles, porque, como muchacha, desconocía las esperanzas e ilusiones propias de su edad, creyéndose excluída de los placeres de la vida. Esto es lo que le da esa dolorosa inquietud. Cuando vuelve de Bruselas se describe a sí misma como triste y vieja, y sus recuerdos son siempre lúgubres. Después, cuando se casa con el pastor protestante Nicholls, sufrió una desilusión muy grande, y su vida

se apaga. Hacia el fin de su vida, sentada sola, en esa casa de duendes, oía las voces de los muertos, que le hablaban a través de la tormenta, torturada por la separación de sus hermanas. Ella, no menos que Emily, tenía una intensidad de visión que no podía dominar, y su vida de calma eterna le proporcionó la posibilidad de meditar obstinadamente. Cada encuentro en la vida tomaba en su imaginación febril caracteres gigantescos y fantásticos. Hay que notar el contraste entre su hogar, cerrado, silencioso; su vida de pueblo, sus tristes experiencias como señorita de compañía y como mujer casada, y el fuego apasionado de sus escritos.

Y para explicar las novelas de Charlotte, nada mejor que una frase que escribió a su editor en 1852, tres años antes de su muerte: «Considero que una novela debe ser una obra de creación; que la realidad debe ser introducida con cautela en las páginas que se dedican a lo ideal. El pan nuestro de cada día es cosa más saludable que los pasteles, y, sin embargo, ¿a quién le agradaría ver la tostada hogaza colocada en medio de la mesa a guisa de postre?»

